

HERMANAS TAXONÓMICAS

ADRIÁN G.G.

DERECHOS Y CRÉDITOS:

ADRIÁN G.G.



Adrián Gil García (León, España, 1999) es el creador del universo fantástico Stellox, donde todo está conectado entre sí.

Es autor de las tres novelas primordiales del Stellox, a saber, *Vínculos de Nimounia I - El Legado de Seid*, *El Nuevo Mundo: Parte I - Año 2153: Herbert de Jerryside*; y *Confesiones*, además de otras muchas historias.

Comparte su tiempo de escritura con la enseñanza del inglés, un idioma que lleva hablando desde los tres años.

Aficionado a la literatura fantástica desde pequeño, aspira a expandir su legado.

· PRÓLOGO ·

EL VIVARIUM: ESTRATO INFERIOR

SALA 404: LEPIDÓPTEROS Y FAUNA MENOR

ESTADO: EN PROCESO DE PURGA

El silencio en el Vivarium no eran la ausencia de ruido; era la expectativa del dolor.

El aire pesaba, cargado de un cóctel químico que raspaba la garganta: formol añejo, naftalina industrial y ese hedor cobrizo, inconfundible, de la sangre seca frotada con lejía. Nora se tapó la nariz con el cuello de su chubasquero amarillo, una prenda que, en aquel mausoleo de sombras y caoba, parecía un grito de auxilio cromático.

—No mires hacia arriba —advirtió Alea. Su voz era un hilo de acero tensado, apenas un susurro que cortó la densidad del ambiente.

Nora, por supuesto, miró.

La Sala de los Lepidópteros era una catedral dedicada a la muerte estática. El techo se perdía en una oscuridad abisal, sostenido por columnas de madera barnizada que brillaban como huesos pulidos. Y allí, clavadas en paneles de corcho del tamaño de canchas de tenis, estaban ellas: las Mariposas Reina.

No eran insectos normales. Sus alas, extendidas en un Rigor Mortis inducido, abarcaban metros de envergadura, con patrones de ojos que parecían seguirte con malicia. Alfileres de acero, gruesos como lanzas de guerra, atravesaban sus tórax peludos, inmovilizándolas en una agonía eterna. De algunas de las heridas aún goteaba un icor verdoso que siseaba al tocar el suelo de mármol ajedrezado.

—Son... preciosas —musitó Nora, sintiendo esa mezcla de repulsión y fascinación que el Vivarium inyectaba en sus víctimas.

—Son cadáveres, Nora. Son trofeos. Y nosotras somos las siguientes si no movemos el culo.

Crrrrrrrrric.

El sonido vino del fondo de la sala, tras las vitrinas de cristal blindado donde escarabajos del tamaño de perros devoraban moho en cámara lenta. Era el sonido de metal arrastrándose sobre piedra. Pesado. Irregular.

El Taxónomo estaba de caza.

Alea agarró a su hermana del brazo, clavándole los dedos con la fuerza de quien sabe que un segundo de duda es una sentencia de muerte.

—El puzle de salida —dijo Alea, señalando hacia el portón norte. Era una estructura colosal de hierro forjado, cerrada a cal y canto, flanqueada por dos estatuas de mantis religiosas que sostenían balanzas—. Tenemos que cruzar la Zona de Presión.

El suelo ante ellas cambió. Las baldosas de mármol liso dieron paso a un damero traicionero: losetas negras, blancas y grises, dispuestas sin patrón aparente. Pero en el Vivarium, el caos siempre era artificial.

—Recuerda las lecciones del ala oeste —dijo Alea, agachándose. Sus ojos violetas brillaban con la intensidad de una calculadora biológica—. Las losetas blancas son trampas de sonido; crujen para alertarlo. Las grises activan los Inyectores de Conservación del techo.

Nora tragó saliva. Miró hacia arriba y vio los brillos metálicos entre las vigas: jeringuillas automáticas listas para descender y bombear fluido embalsamador a cualquier cosa que pesara más de diez kilos.

—¿Y las negras? —preguntó la pequeña.

—Las negras son seguras. Pero hay trampa. —Alea señaló las paredes. Los cuadros colgados no eran pinturas; eran cajas de cristal con polillas vivas, clavadas solo por las alas, aleteando frenéticamente—. Las polillas vibran cuando sienten las pisadas en las losetas correctas. Si las polillas se agitan, El Taxónomo sabrá dónde estamos por la vibración del aire.

Crrrrrrrrric. CLAC.

Una sombra grotesca se proyectó sobre el damero. El Taxónomo emergió de entre las hilera de especímenes. Era una abominación de la anatomía: un gigante encorvado, vestido con un delantal de cuero manchado de fluidos inidentificables. Su rostro estaba oculto tras una máscara de gas fusionada con la piel, y en lugar de mano derecha, tenía un Ensamblaje de Disección: cinco dedos mecánicos terminados en bisturíes, tijeras y agujas de sutura que chasqueaban con impaciencia.

No tenía ojos. Solo lentes de aumento que giraban y se contraían, buscando movimiento.

—Huele a... —la voz del monstruo sonó como si alguien arrastrara grava por una tubería— ... *impurezas*. Huele a... *desorden*.

—Ahora —ordenó Alea.

Se lanzaron al damero. No corrieron; se deslizaron.

Alea saltó a la primera loseta negra. *Silencio*.

Nora la siguió, aterrizando con la gracia de un gato callejero. *Silencio*.

Pero entonces el entorno reaccionó. Las polillas en las cajas de las paredes comenzaron a batir sus alas con violencia, creando un zumbido sordo, un tamborileo de pánico que resonó en la sala vacía.

El Taxónomo giró la cabeza con un crujido de vértebras imposible. Sus lentes hicieron *zoom* hacia ellas.

—¡Especímenes localizados! —rugió, levantando su brazo-herramienta.

—¡Corre, joder, corre! —gritó Alea, abandonando el sigilo.

Saltaron de negra en negra, ignorando el ardor en los pulmones. El gigante cargó contra ellas, destrozando vitrinas a su paso. El cristal estalló en mil pedazos, lloviendo sobre ellas como granizo afilado. El Taxónomo no corría; embestía como un toro ciego, guiado por el sonido de sus corazones desbocados.

Nora resbaló en una mancha de icor. Su pie izquierdo rozó una loseta gris.

CLIC.

Desde el techo, un pistón neumático silbó. Una aguja del tamaño de una lanza descendió a una velocidad vertiginosa, buscando clavar a la niña contra el suelo como a una de aquellas mariposas.

—¡Nora!

Alea se lanzó hacia atrás, placando a su hermana justo cuando el acero impactaba donde, un milisegundo antes, había estado su cabeza. La aguja se clavó en la piedra con un estruendo que hizo temblar los cimientos, levantando una nube de polvo de mármol.

Estaban a tres metros de la puerta; El Taxónomo, a cinco.

—¡Al hueco de ventilación! —Alea señaló una rejilla oxidada a ras de suelo, apenas visible tras la estatua de la mantis.

Se arrastraron por el suelo, raspándose las rodillas, mientras la mano de bisturíes del gigante segaba el aire sobre sus cabezas, cortando uno de los lazos del chubasquero de Nora.

Entraron en el conducto justo cuando el puño del monstruo impactaba contra la pared, abollando el metal y haciendo caer la estatua de la mantis con un estruendo apocalíptico.

Nora, temblando, miró hacia atrás a través de la rejilla. El único ojo visible de El Taxónomo, una lente roja y furiosa, se pegó al metal, observándolas.

—La clasificación es inevitable —susurró el gigante, arañando los barrotes con sus tijeras.

Alea empujó a Nora hacia la oscuridad del túnel, donde el olor a formol se mezclaba con algo peor: el olor a humedad y a cosas que llevaban mucho tiempo olvidadas en las tuberías.

—Hoy no —dijo Alea, escupiendo sangre de un labio partido—. Hoy seguimos siendo un error en tu sistema.

CONDUCTO DE VENTILACIÓN B-7 TRANSICIÓN ENTRE ESTRATOS

La oscuridad dentro del conducto no era vacía; estaba habitada por el eco de su propia respiración y el olor a grasa rancia que se pegaba al paladar.

Alea se detuvo en un recodo donde la chapa metálica se ensanchaba lo suficiente como para sentarse. Sus pulmones ardían. Se dejó caer contra la pared fría, cerrando los ojos un instante para contener el temblor de sus manos. No era miedo, se dijo a sí misma. Era el bajón de adrenalina. A sus trece años, Alea ya había aprendido que el miedo era un lujo que no podía permitirse. No cuando ella era el único escudo entre el mundo y Nora.

—¿Estás sangrando? —la voz de su hermana pequeña rompió el silencio.

Alea abrió los ojos. En la penumbra, iluminada apenas por la luz filtrada de alguna rejilla lejana, Nora parecía un espectro envuelto en plástico.

Tenía ocho años, pero sus ojos habían visto cosas que harían gritar a un adulto. Era diminuta, con esa fragilidad engañosa de los pájaros que han sobrevivido a una tormenta. El chubasquero amarillo que llevaba la quedaba ridículamente grande, cubriéndola como una carpa de circo hasta las rodillas, ocultando un cuerpo que aún conservaba la redondez de la infancia, un contraste cruel con el infierno de metal que las rodeaba.

—Estoy bien —mintió Alea, pasándose el dorso de la mano por el labio partido.

Nora se acercó a gatas. Se quitó un guante que le sobraba por todas partes y posó su mano pequeña, casi traslúcida, sobre la mejilla de Alea.

Fue entonces cuando sucedió. El ojo derecho de Nora, que normalmente era del mismo violeta intenso que los de su hermana, cambió. El iris pareció derretirse, transformándose en una piscina de oro líquido que brillaba con luz propia en la oscuridad.

—No me mientas, Alea —susurró la niña.

Bajo la mirada dorada de Nora, la realidad se descapaba. Nora no veía solo piel y hueso; veía la verdad estructural. Vio el tejido inflamado en la cara de su hermana, el latido frenético de un corazón que bombeaba sangre a través de un cuerpo desnutrido y fibroso.

Alea apartó la cara bruscamente.

—Deja de hacer eso. Me da dentera.

Se miraron la una a la otra. Eran el reflejo distorsionado de una misma tragedia. Alea, con su pelo negro cortado a trasquilones —un trabajo chapucero hecho con una navaja oxidada para que nadie pudiera agarrarla del cabello en una pelea—, parecía un animal salvaje acorralado. Vestía los desechos de los muertos: unas botas militares que le quedaban dos tallas grandes, atadas con alambre, y una chaqueta de cuero llena de bolsillos donde guardaba su arsenal de basura útil.

—Tu estructura está tensa —insistió Nora, desactivando su ojo dorado. El brillo se desvaneció, devolviendo la penumbra al túnel—. Como un puente a punto de caerse.

—Mi estructura está perfecta mientras tú sigas respirando —cortó Alea, sacando una barrita de nutri-pasta del bolsillo. Estaba dura como una piedra, pero era comida. La partió, dándole el trozo más grande a la pequeña—. Come. El siguiente tramo huele a quemado.

Nora mordisqueó la pasta en silencio.

—¿Crees que Mamá y Papá fueron clasificados aquí? —preguntó, con esa inocencia que a veces dolía más que un golpe.

—No pienses en ellos. Piensa en salir.

Alea se puso en pie, ajustándose el cinturón improvisado. El sonido del exterior había cambiado. Ya no era el silencio sepulcral de la sala de las mariposas. Ahora, el metal vibraba bajo sus botas. Se oía un estruendo rítmico, industrial. *Clang. Sssss. Clang.*

—Vámonos. Y pégate a mí como una segunda piel.

Se arrastraron durante lo que parecieron horas. El calor aumentaba con cada metro, trayendo consigo un hedor sofocante: plástico derretido, aceite hirviendo y algo dulce, enfermizo, como carne asada con caramelo.

Llegaron al final del conducto. Una rejilla oxidada miraba hacia el vacío. Alea se asomó primero. Su rostro, endurecido por la supervivencia, palideció bajo la capa de suciedad.

—Joder... —exhaló.

—¿Qué es? —Nora se hizo hueco bajo el brazo de su hermana mayor.

Alea no tuvo que responder. El paisaje hablaba por sí solo.



EL VIVARIUM: ESTRATO MEDIO

SECCIÓN DE MANUFACTURA Y REENSAMBLAJE

«LA SALA DE DESPIECE»

Si el nivel superior era un museo dedicado a la quietud, este era una catedral dedicada al ruido y la mutilación.

Estaban colgadas en una pasarela de servicio a treinta metros de altura. Debajo de ellas se extendía una nave industrial que parecía no tener fin, bañada en una luz roja de emergencia y nubes de vapor tóxico.

El corazón de la sala era La Cinta.

Una cinta transportadora kilométrica, ancha como una autopista, serpenteaba por toda la fábrica como una tripa negra y brillante. Y, sobre ella, viajaba la materia prima. Nora se agarró a los barrotes de la rejilla, sus nudillos blancos.

—Son... muñecos —susurró.

Pasaban por miles. Maniqués de porcelana con las cuencas de los ojos vacías. Osos de peluche gigantescos destripados, mostrando un relleno que palpitaba. Y, entre ellos, cosas que no eran juguetes: zapatos de niño, gafas rotas...

En el centro de aquel caos mecanizado, presidiendo la cadena de montaje desde un trono de agujas, estaba ella.

La Costurera.

Era una abominación nacida de una pesadilla textil. Su cuerpo principal era un torso de maniquí de modista, grotescamente acolchado con terciopelo rojo, del que brotaban seis brazos articulados de metal oxidado. Se movía con la gracia

espasmódica de una araña. Dos de sus brazos terminaban en tijeras de podar gigantescas. Otros dos sostenían agujas de tejer del tamaño de lanzas, enhebradas con hilo de cobre. Y los dos inferiores... los dos inferiores terminaban en manos humanas, amoratadas y cosidas toscamente a las muñecas de metal.

Ras, ras, ras.

El sonido de las tijeras cortando tela y carne marcaba el ritmo de la fábrica.

La Costurera agarró un muñeco que pasaba por la cinta, le arrancó la cabeza de plástico con un movimiento seco y, con una precisión quirúrgica, comenzó a coserle una nueva.

Alea sintió náuseas.

—Tenemos que cruzar al otro lado —señaló hacia una puerta de carga masiva al final del recorrido, marcada con el símbolo de «SALIDA DE RESIDUOS»—. Es la única bajada al Sótano.

—La pasarela no aguantará —dijo Nora de repente.

Su ojo derecho brillaba de nuevo, un faro dorado en la neblina roja. Para Nora, el mundo físico se había vuelto un plano de líneas de tensión. Veía las microfracturas en el hierro de la pasarela brillando en un rojo furioso. Veía el metal fatigado gritando bajo su propio peso.

—Si pisamos ahí, se caerá. El ruido la alertará.

—Entonces, ¿qué propones? ¿Volamos? —gruñó Alea, la frustración de sus treces años burbujeando. Odiaba sentirse atrapada. Odiaba depender de la magia.

Nora bajó la mirada hacia la cinta transportadora. Hacia el desfile de horrores que pasaba bajo sus pies.

—Bajamos —dijo la pequeña, con una calma que heló la sangre de Alea—. Nos mezclamos con ellos.

Alea miró a su hermana como si se hubiera vuelto loca.

—¿Quieres que nos metamos ahí? ¿Con *esa* cosa? Nos va a coser un maldito peluche, Nora.

—No, si no nos ve.

Nora señaló a La Costurera. Su visión dorada le mostraba algo más que la forma física del monstruo. Veía los conos de visión, los cables de atención que salían de la cabeza del maniquí. Veía cuándo sus pistones se sobrecalentaban y tenía que detenerse tres segundos para ventilar.

—Veo sus patrones, Alea. Es ciega por su lado izquierdo cada doce segundos. Sé cuándo va a cortar y cuándo va a enhebrar. Puedo guiarnos.

Alea miró el abismo. Miró la pasarela rota. Miró a su hermana pequeña, tan frágil en su chubasquero amarillo, ofreciéndose a ser la guía en el infierno. Suspiró, sacando un destornillador afilado de su bota.

—Vale. Jugaremos a las muñecas. Pero escúchame bien, enana: si esa cosa acerca una de sus agujas a ti, le clavo esto en el ojo de botón que tiene. —Alea pateó la rejilla. El metal cedió con un gemido. El calor de la fábrica las golpeó en la cara—. Tú diriges, ojitos de oro —dijo Alea, ofreciéndole la mano—. Sácanos de aquí.

Saltaron hacia la montaña de miembros de plástico, justo cuando La Costurera giraba su torso chirriante hacia otro lado.

CINTA DE MONTAJE PRINCIPAL

SECTOR: CONTROL DE CALIDAD Y RECHAZOS

OBJETIVO: INFILTRACIÓN

Aterrizaron sobre algo blando, pero no era un acolchado amable. Era una montaña de torsos de peluche a medio rellenar, húmedos y con olor a humedad rancia. La cinta se movía con una sacudida constante, un *tuc-tuc-tuc* que reverberaba en los huesos.

—¡Abajo! —siseó Alea.

No había tiempo para pensar. La sombra de La Costurera se cernía sobre la cinta unos metros más atrás, sus brazos de tijera brillando bajo las luces rojas. Alea agarró a Nora y la empujó hacia el interior de un caparazón de plástico rígido: el torso hueco de una muñeca gigante, del tamaño de un barril.

—Métete. Y no respire si no es necesario.

Nora se deslizó dentro del plástico frío. Alea se metió en otro torso idéntico justo al lado. El mundo se redujo a oscuridad y olor a polímero químico.

Nora se ovilló, abrazando sus rodillas contra el pecho. A través de la cuenca vacía del ojo izquierdo de la muñeca, tenía una visión limitada del exterior. Era como mirar el infierno a través de una cerradura.

La cinta avanzaba.

Pasaron junto a los Brazos de Ensamblaje. Eran pistones rápidos que bajaban y subían.

Zas. Un brazo le clavaba un ojo de cristal a un oso.

Zas. Otro inyectaba relleno sintético en una piel de perro.

Nora activó su don. En la oscuridad de su escondite, su ojo dorado iluminó el interior del plástico. Miró hacia el torso donde se escondía Alea. Veía el contorno de calor de su hermana, encogida, con el destornillador apretado contra el pecho. Su corazón latía tan rápido que parecía un colibrí atrapado.

—Prensa Térmica a diez metros —susurró Nora. Su voz rebotó dentro del plástico, apenas audible—. El patrón es: dos rápidos, uno lento.

Alea no contestó, pero Nora vio cómo sus músculos se tensaban. La comunicación entre ella ya no necesitaba palabras; era instinto de manada.

La cinta las arrastró hacia la zona de peligro.

Nora vio la prensa a través del agujero del ojo. Era una plancha de hierro hirviendo que descendía para sellar las costuras de los juguetes. El calor era insoportable.

BAJA. La prensa aplastó un xilófono de madera delante de ellas.

BAJA. La prensa fundió la cabeza de un soldado de plomo.

Llegaba el turno de Alea.

«Ahora no...», pensó Nora, viendo los flujos de energía de la máquina. El pistón brillaba en rojo furioso. Iba a bajar.

Pero entonces el ritmo cambió. Como Nora había predicho, la máquina hizo una pausa de enfriamiento. El «uno lento».

El torso de Alea pasó por debajo de la plancha hirviendo justo cuando esta se detenía a milímetros del plástico. Nora pasó un segundo después. Sintió el calor humeante lamer la carcasa de su escondite, oliendo a pelo chamuscado, pero siguieron avanzando.

—Estamos cerca del final —la voz de Alea llegó amortiguada desde el otro muñeco—. Prepárate para saltar.

La cinta comenzaba a elevarse, dirigiéndose hacia la boca oscura del tobogán de residuos. La Costurera había quedado atrás, su *ras-ras-ras* convertido en un eco lejano. Lo habían logrado. Eran invisibles. Fantasmas en la maquinaria.

Nora se preparó para empujar la carcasa y salir.

Pero entonces algo en la cinta, justo delante de ellas, captó su atención.

No era un juguete roto. Era una caja abierta, marcada con una etiqueta de despacho que rezaba: «PROTOTIPOS: UNIDAD FAMILIAR/MODELO ESTÁNDAR».

Nora se paralizó. Dentro de la caja, viajando hacia el mismo destino que ellas, había dos figuras a medio terminar. Eran maniqués, sí, pero el nivel de detalle era obscuro. La piel sintética tenía poros. Las manos tenían huellas dactilares.

El maniquí masculino llevaba unas gafas de montura gruesa, idénticas a las que Papá usaba para leer los mapas estelares antes de dormir.

El maniquí femenino tenía una mancha de pintura azul en el delantal. Mamá siempre se manchaba de pintura cuando trabajaba en sus cuadros.

Pero lo peor no era la ropa. Lo peor eran las caras.

Estaban congeladas en una mueca de sonrisa eterna, vacía, lobotomizada.

Nora sintió que el aire se le escapaba de los pulmones. No eran sus padres. Eran *copias*. Eran versiones de ellos vaciadas de alma, listas para ser enviadas a algún lugar del Vivarium para actuar en una obra de teatro macabra.

—Alea... —gimió Nora, olvidando el sigilo.

Alea, que ya había sacado la cabeza de su escondite, miró hacia donde señalaba su hermana. La mayor se quedó de piedra. Sus ojos violetas se clavaron en la figura del «Padre». Vio el reloj en la muñeca del muñeco. Estaba parado a las 10:10. La hora exacta en la que se los llevaron de casa.

—No... —el susurro de Alea fue un sonido roto—. No son ellos. Es mentira. Es todo mentira.

La cinta llegó al final. El abismo del tobogán de residuos se abrió entre ellas, un agujero negro que prometía una caída hacia lo desconocido. Pero las niñas no se movían, hipnotizadas por aquellas parodias de plástico de las personas que más amaban.

—¡Ey! —una voz metálica sonó arriba.

Un foco de luz se encendió sobre ellas. Un brazo mecánico de clasificación, con un sensor óptico azul, bajó del techo. Habían tardado demasiado. La pausa emocional les había costado el camuflaje.

—ANOMALÍA DETECTADA EN LOTE 84 —bramó una voz automatizada.

Alea reaccionó con la furia de a quien le acaban de escupir en el alma. Salió de su caparazón, agarró a Nora del brazo y la sacó de un tirón de su escondite.

—¡No mires! —gritó Alea, tapándole los ojos a la pequeña—. ¡Son solo plástico!

El brazo mecánico se lanzó a por ellas, cerrando sus garras.

Alea no esperó. Se lanzó hacia el tobogán, arrastrando a Nora con ella.

Justo antes de que la oscuridad se las tragara, Nora vio cómo el brazo mecánico agarraba al «Padre» por el cuello y lo levantaba con delicadeza, salvándolo de la basura.

Luego, cayeron.

La caída fue larga, oscura y silenciosa.

EL SUBSUELO: NIVEL -1

ZONA DE VERTIDO CERO

ESTADO: DESCOMPOSICIÓN ACTIVA

La caída no fue el vuelo elegante de los pájaros; fue un descenso al infierno por el esófago de una bestia de metal.

Nora y Alea se deslizaron por el tobogán en espiral durante segundos eternos, gritando sin sonido, mientras el aire viciado les golpeaba la cara. El conducto olía a algo antiguo y prohibido, a basura fermentada durante décadas.

El final llegó de golpe. No hubo impacto contra suelo duro, sino un *plof* húmedo y asqueroso. Aterrizaron sobre una montaña de espuma triturada, colchones viejos y bolsas de basura industrial que amortiguaron el golpe, pero que amenazaban con tragárselas como arenas movedizas.

Alea se incorporó de un salto, sacando su destornillador instintivamente, aunque le temblaban las manos.

—¿Nora? —su voz sonó estrangulada en la inmensidad de la caverna.

—Aquí.

Una mano pequeña, enfundada en el chubasquero amarillo —ahora manchado de grasa negra—, emergió de entre dos neumáticos gigantes.

Alea ayudó a su hermana a salir. Estaban en el fondo del mundo. El techo estaba tan lejos que la oscuridad se lo comía, y las únicas luces eran luciérnagas mecánicas erráticas que zumbaban sobre montañas de desperdicios que parecían cordilleras oxidadas.

—¿Estás rota? —preguntó Alea, escaneando el cuerpo de la pequeña.

—No. Solo sucia.

Alea asintió, pero su mente no estaba allí. Su mente seguía arriba, en la cinta transportadora. Seguía viendo la cara de plástico de su padre, congelada en esa sonrisa estúpida, siendo rescatada por la garra mecánica mientras a ellas las tiraban como basura.

«No eran ellos —se repitió—. Eran muñecos. Eran mentiras».

Pero el dolor en su pecho era real. Se sentía como si le hubieran arrancado el corazón y lo hubieran sustituido por un puñado de cristales rotos.

—Tenemos que escondernos —dijo Alea, forzando a su voz a sonar firme. No podía permitirse derrumbarse. No delante de Nora.

Caminaron a través del laberinto de basura. El suelo era inestable, crujiendo bajo sus botas con el sonido de cristales y huesos de pollo. Nora iba delante. Su ojo dorado estaba activo, brillando tenue.

—Por allí no —susurró la niña, señalando un pasillo formado por carcasas de coches—. La estructura es inestable. Si la tocamos, se nos caerá encima.

Siguieron el rastro seguro que veía Nora, una línea de «solidez» entre la podredumbre, hasta llegar a una zona más despejada. Allí, encallado entre montañas de escombros como un barco naufragado, había un objeto colosal.

Era una secadora industrial. Un cilindro de metal del tamaño de una casa pequeña, volcado de lado. La puerta de cristal estaba rota, dejando una entrada perfecta hacia su interior oscuro y protegido.

—Ahí dentro —señaló Alea.

Se arrastraron al interior del tambor metálico. El lugar era sorprendentemente seco. El aire olía a pelusa de ropa y polvo, un olor casi hogareño en comparación con el hedor de fuera.

Pero no estaban solas. O, al menos, no habían sido las primeras.

Las paredes curvas del tambor estaban cubiertas de grafitis. No eran pintadas de pandilleros. Eran dibujos infantiles. Trazos hechos con carbón, tiza o sangre seca. Cientos de ellos.

Nora se acercó a la pared curva, pasando sus dedos sobre los dibujos.

—Son historias —susurró.

Había dibujos de niños llorando. Dibujos de monstruos con tijeras — probablemente una referencia a La Costurera—. Dibujos de ojos gigantes que lo veían todo. Pero había una secuencia que se repetía una y otra vez: un niño es capturado por una mano negra; un muñeco idéntico al niño sale de una caja; el muñeco vuelve a casa con los padres; los padres sonríen y abrazan al muñeco; y el niño real se queda solo en la oscuridad.

Alea sintió que las piernas le fallaban. Se dejó caer contra el metal frío, abrazándose a sí misma.

—Es por eso... —murmuró, con la voz rota—. Por eso nadie nos busca, Nora. Nora se giró, sus ojos heterocromáticos llenos de una tristeza infinita.

—Nos han reemplazado.

—Han enviado copias —continuó Alea, y la rabia empezó a mezclarse con las lágrimas—. Esos muñecos... los envían arriba. A nuestras casas. Se sientan en nuestra mesa, duermen en nuestras camas..., y Mamá y Papá ni siquiera se dan cuenta. Creen que somos nosotras. —Alea golpeó la pared de metal con el puño. El sonido resonó como un gong fúnebre—. ¡Son estúpidos! ¿Cómo no van a notar la diferencia? ¡Esos muñecos no tienen alma!

—La gente ve lo que quiere ver, Alea —dijo Nora suavemente—. Si el dolor de perdernos es demasiado grande, aceptarán la mentira. El Vivarium no solo nos atrapa a nosotras; atrapa la memoria de los que nos quieren.

Alea escondió la cara entre las rodillas. Por primera vez en mucho tiempo, se permitió llorar. No un llanto de niña, sino el llanto silencioso y desgarrador de quien acaba de descubrir que el mundo ha seguido girando sin ella. Que es prescindible.

Nora no dijo nada. Se sentó junto a su hermana mayor y apoyó la cabeza en su hombro, ofreciendo el único consuelo que tenían: su calor.

Estuvieron así durante minutos, u horas. El tiempo no existía en el Subsuelo. Hasta que un ruido las hizo saltar. *Crac*. Alguien había pisado un trozo de plástico en la entrada de la secadora.

Alea se puso en pie de un salto, secándose las lágrimas con rabia y empuñando el destornillador como si fuera una espada. Nora se colocó detrás de ella, activando su ojo para buscar puntos débiles.

En la entrada del cilindro, recortada contra la luz verdosa del exterior, había una silueta.

Era un chico.

Parecía mayor que ellas, quizá diecisiete o dieciocho años. Alto, desgarbado, pero con una postura relajada que no encajaba con el lugar. Llevaba una chaqueta de aviador llena de parches grasientos y unos pantalones cargados de correas. Su pelo, de un rubio sucio, le caía sobre la frente.

Levantó las manos lentamente, mostrando las palmas vacías.

—Tranquila, fiero —dijo. Su voz era suave, casi musical, con un tono burlón pero cálido—. No muerdo. A menos que me lo pidan, claro.

Alea no bajó el arma.

—¿Quién eres? Da un paso más y te juro que te abro en canal.

El chico sonrió. Tenía una sonrisa torcida, encantadora, de esas que desarman defensas.

—Me llamo Vargo —dijo—. Y, si yo fuera tú, guardaría eso y apagaría la linterna mágica de tu hermana.

—¿Por qué? —espetó Alea.

Vargo señaló hacia arriba con la cabeza.

—Porque los Limpiadores están haciendo su ronda. Y detectan el calor corporal agresivo y..., bueno, la magia ocular.

Como si sus palabras fueran una invocación, un zumbido grave vibró en el aire exterior. Una luz azul barrió la entrada de la secadora, iluminando las botas de Vargo. El chico no se movió. Ni siquiera parpadeó. Esperó a que la luz pasara. Cuando el zumbido se alejó, volvió a mirar a Alea, sus ojos oscuros brillando con curiosidad.

—¿Ves? —dijo Vargo, bajando las manos—. Soy vuestro amigo. O, al menos, soy lo mejor que vais a encontrar en este basurero.

Alea dudó. Miró a Nora. La pequeña parpadeó con su ojo normal, desactivando el dorado.

—Su estructura no es hostil —susurró Nora al oído de Alea—. Su corazón late despacio. No tiene miedo.

Alea bajó el destornillador unos centímetros, pero no lo guardó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Vivir. Sobrevivir. Robar cosas brillantes. —Vargo se encogió de hombros y dio un paso dentro, invadiendo su espacio con una naturalidad pasmosa. Sacó una lata abollada de su chaqueta—. ¿Tenéis hambre? Es melocotón en almíbar. Caducó hace diez años, pero aquí abajo eso se considera *gourmet*.

Se sentó en el suelo, cruzando las piernas, y abrió la lata con una navaja que sacó de la bota con una floritura. Alea notó cómo el estómago le rugía al oler el dulce. Vargo le tendió la lata a Alea.

—Toma. Pareces la que lleva el peso del mundo encima. Necesitas azúcar.

Alea cogió la lata con desconfianza. Sus dedos rozaron los de Vargo. La piel de él estaba caliente, callosa. Él mantuvo el contacto un segundo más de lo necesario, mirándola directamente a los ojos con una intensidad que hizo que Alea sintiera un

escalofrío extraño en la nuca. No era miedo, exactamente. Era... incomodidad. Como si él estuviera viendo algo dentro de ella que no quería mostrar.

—Gracias —murmuró Alea, retirando la mano rápido.

Vargo sonrió de nuevo, esa sonrisa perfecta y torcida.

—De nada, preciosa. —Luego miró a Nora y le guiñó un ojo—. Bienvenidas al Club de los Olvidados. Me parece que nos vamos a llevar muy bien.

Alea le pasó la lata a Nora para que comiera primero, pero no dejó de vigilar a Vargo. Parecía un aliado. Un salvavidas en medio del océano de basura. Pero mientras Vargo las miraba comer, pasando su lengua por sus propios labios secos, la sombra que proyectaba en la pared curva de la secadora parecía, por un instante, tener demasiados dientes.

—¿Sabéis? —dijo Vargo suavemente, recostándose—. Es raro ver chicas tan... enteras por aquí. La mayoría llegan rotas. Me alegra ver que estáis intactas. Me gustan las cosas intactas.

Alea frunció el ceño, masticando el melocotón. Había algo en su tono, una vibración que no le gustaba, pero el cansancio y el azúcar en su sangre la obligaron a ignorarlo.

Por ahora, estaban a salvo.

Por ahora, no estaban solas.

EL SUBSUELO: NIVEL -2

EL LAGO DE LOS VERTIDOS QUÍMICOS

NIVEL DE TOXICIDAD: LETAL

Caminar detrás de Vargo era como seguir a un gato callejero por un campo de minas; se movía con una confianza irritante, sabiendo exactamente qué pila de basura aguantaría su peso y cuál se tragaría a una persona entera.

—Cuidado con ese charco —dijo Vargo sin girarse, señalando una mancha iridiscente en el suelo—. Es ácido de batería concentrado. Si lo pisas, adiós bota. Y adiós pie.

Alea rodeó el charco, tirando de la mano de Nora. La pequeña iba tropezando, arrastrando el chubasquero por el suelo mugriento. Alea notaba la fatiga en los huesos de su hermana, pero no podían detenerse. No aquí, en tierra de nadie.

El paisaje cambió drásticamente. Las montañas de basura sólida dieron paso a una orilla negra y viscosa. Ante ellas se extendía el Lago de los Vertidos. Era una masa de líquido espeso, de colores imposibles —violetas neón, verdes biliosos y negros aceitosos— que burbujeaba perezosamente. El vapor que emanaba hacía llorar los ojos y picaba en la garganta.

—Bienvenidas a mi foso privado —anunció Vargo, abriendo los brazos como si presentara un palacio—. Mi casa está al otro lado.

Alea entornó los ojos. A unos doscientos metros, emergiendo de la niebla tóxica como una ballena varada, había una estructura colosal de metal blanco y azul. Era un avión. Un avión de carga antiguo, de los que se veían en los libros de historia, con el morro hundido en una isla de chatarra y el fuselaje partido por la mitad.

—¿Vives en un accidente aéreo? —preguntó Alea, escéptica.

—Vivo en la *suite* presidencial del apocalipsis, fiero. —Vargo le guiñó un ojo—. El problema es el transporte. —Se acercó a la orilla, donde flotaban varias planchas de poliestireno reforzado y puertas de nevera atadas con cables—. Nora, ¿verdad? —Vargo miró a la pequeña—. Tú eres peso pluma. Súbete a esa puerta. Alea, tú vienes conmigo en la balsa grande.

Alea dudó.

—Iremos juntas.

—La balsa no aguanta el peso de los tres más el contrapeso —dijo Vargo, poniéndose serio por primera vez—. Si volcamos, nos derretimos. Literalmente. ¿Ves eso que flota ahí?

Señaló un bulto que pasaba a la deriva. Era el cadáver de un perro o de una rata gigante. La mitad inferior ya no existía; el ácido la había disuelto hasta el hueso. Alea tragó saliva. Miró a Nora.

—Sube a la puerta —le dijo—. Yo iré justo a tu lado. No te quitaré el ojo de encima.

Nora asintió, aunque su ojo dorado parpadeó con inquietud mirando el líquido. Se subió a la puerta de nevera flotante, haciéndose un ovillo. Vargo y Alea subieron a una plancha más grande. Vargo cogió una pértiga larga hecha de tuberías empalmadas y comenzó a empujar. Se deslizaron por el lago en silencio. El único sonido era el *blup-blup* de las burbujas tóxicas estallando alrededor.

A mitad de camino, una corriente repentina sacudió la balsa de Nora, alejándola un par de metros.

—¡Alea! —gritó la pequeña.

—¡Estoy aquí! —Alea se inclinó hacia ella, estirando el brazo, olvidando el equilibrio.

La balsa grande se tambaleó violentamente. La bota de Alea resbaló en el plástico húmedo. Cayó hacia atrás, directa hacia el agua negra. Pero no tocó el ácido. Un brazo fuerte la rodeó por la cintura, frenando su caída en seco. Vargo la había atrapado. Tiró de ella hacia el centro de la balsa con un movimiento brusco, pegando su cuerpo al de ella. Alea chocó con el pecho duro del chico, oliendo a tabaco viejo y a metal.

Durante un segundo, se quedaron así. Vargo no la soltó inmediatamente. Su mano estaba firme en la cadera de Alea, sus dedos apretando un poco más de lo necesario sobre la chaqueta de cuero. Sus caras estaban a centímetros.

—Te tengo —susurró Vargo. Su aliento rozó la oreja de Alea—. ¿Ves? Eres rápida... pero torpe. Necesitas a alguien que te cubra las espaldas.

Alea se soltó de un empujón, con el corazón desbocado. No sabía si era por el susto de casi morir o por la extraña electricidad de ese contacto.

—Estoy bien —dijo, alisándose la ropa. Odiaba sentirse débil. Odiaba que él lo hubiera visto.

Vargo sonrió, esa sonrisa de medio lado que parecía saber secretos.

—Claro que sí.

Llegaron a la «isla» del avión sin más incidentes. Subieron por una rampa hecha de alas rotas y entraron en el fuselaje. El cambio fue brutal: fuera, el mundo era hostil, ruidoso y letal; dentro, era... cálido.

El interior del avión de carga estaba aislado. El suelo estaba cubierto de alfombras —viejas, pero limpias—. Había guirnaldas de luces navideñas colgadas del techo, alimentadas por una batería de coche, que bañaban el espacio en una luz ámbar acogedora. Al fondo, había colchones con mantas, una estantería llena de libros y cómics y una pequeña estufa de gas que ronroneaba suavemente.

—Dios... —se le escapó a Alea. Hacía años que no sentía algo parecido a un «hogar».

Vargo cerró la compuerta pesada tras ellos, dejando fuera el sonido del lago. El silencio fue bendito.

—Podéis quitaros las botas —dijo él, quitándose su chaqueta de aviador y quedándose en una camiseta de tirantes sucia que marcaba sus músculos—. Estáis en casa.

Nora se quedó parada en la entrada, mirando las luces con desconfianza.

—Esto no es una casa —dijo la niña—. Es una jaula bonita.

Vargo soltó una carcajada seca. Se agachó para quedar a la altura de Nora, pero no con amabilidad, sino con condescendencia.

—Eres muy intensa para ser tan enana, ¿sabes? —Vargo rebuscó en un cajón y sacó un cubo de Rubik y una linterna de dínamo—. Mira, vete a la cabina del piloto. Está ahí arriba, subiendo esas escaleras. Hay botones y palancas. Juega a que conduces el avión.

—No quiero jugar. Quiero quedarme con Alea.

Vargo se puso de pie y miró a la hermana mayor, poniendo una expresión de «tú me entiendes, ¿verdad?».

—Alea, explícale a tu hermana que los mayores tenemos que hablar de cosas aburridas: logística, comida, rutas de escape. Se va a aburrir.

Alea sintió la presión. Por un lado, quería que Nora estuviese con ella. Por otro, Vargo la había puesto a su nivel: el nivel de los «mayores», de los líderes. Y estaba tan cansada de ser la única adulta...

—Ve un rato, Nora —dijo Alea suavemente—. Solo un rato. Comprueba si... si los controles funcionan. Yo te aviso cuando comamos.

Nora miró a su hermana, traicionada. Luego miró a Vargo con su ojo dorado entrecerrado, como si intentara leer una letra pequeña en un contrato, pero finalmente cogió el cubo y subió las escaleras de caracol hacia la cabina, en silencio.

Cuando se quedaron solos, la atmósfera cambió. Se volvió más densa.

Vargo se dejó caer en uno de los colchones y palmeó el sitio a su lado. Sacó una botella de cristal con un líquido ámbar.

—Siéntate. Has sido muy valiente ahí fuera. La mayoría de la gente se caga encima al ver el lago. Pero tú no lo has hecho.

Alea se sentó, manteniendo una distancia prudencial, pero el elogio le calentó el pecho.

—Solo quiero sacar a mi hermana de aquí.

—Lo sé —dijo Vargo, sirviendo un poco de líquido en dos vasos de plástico. Le pasó uno a Alea—. Pero ella es una carga pesada, ¿eh? Tienes trece años, Alea. Deberías estar preocupándote por cosas de chicas de trece años, no haciendo de madre.

Alea bebió. El líquido quemaba, pero calmaba los nervios.

—Es lo que me ha tocado.

—O quizá no. —Vargo se inclinó hacia ella. Sus ojos oscuros recorrieron la cara de Alea, deteniéndose en su boca, luego en sus ojos—. Quizá solo necesitas a alguien que cargue el peso contigo. Alguien que entienda que tú también necesitas que te cuiden de vez en cuando.

Extendió la mano y, con una suavidad calculada, apartó un mechón de pelo sucio de la cara de Alea. Ella se quedó paralizada. Su instinto le gritaba «peligro», pero su soledad, esa soledad inmensa que llevaba arrastrando meses, le susurraba que se dejara querer.

—Tienes unos ojos increíbles —murmuró Vargo—. Demasiado bonitos para ver tanta mierda.

Arriba, en la cabina del piloto, Nora dejó el cubo de Rubik.

A través de la rendija del suelo de metal, observaba la escena con su ojo dorado. Vio a Alea: una estructura azul y gris, llena de grietas de cansancio. Vio a Vargo: una estructura roja y pulsante. Pero, alrededor de sus manos, Nora vio algo más: hilos. Hilos negros y pegajosos, invisibles para el ojo normal, que empezaban a tejerse lentamente alrededor de los hombros de su hermana.

Nora apretó los dientes. No estaba pilotando un avión. Estaba calculando cómo derribar al piloto.

EL FUSELAJE: ZONA DE CARGA

ESTADO: CORRUPCIÓN ACTIVA

AMENAZA: PARÁSITO DE ESTRUCTURA

La cabina del piloto olía a polvo y mentiras.

Nora estaba sentada frente a los controles muertos del avión, girando el cubo de Rubik sin mirarlo. *Clic, clac, clic*. El sonido era lo único que la anclaba a la realidad, porque todo lo demás —las luces navideñas, el calor de la estufa, la sonrisa de Vargo— se sentía como una fina capa de pintura sobre una pared podrida.

Abajo, el murmullo de las voces había cesado.

Nora dejó el cubo. Aguzó el oído. Esperaba oír risas, o el sonido de latas abriéndose. En su lugar, oyó un gemido. No era un gemido de dolor físico, como cuando te raspas las rodillas. Era un sonido húmedo, ahogado, el sonido que hace alguien cuando le están robando el aire desde dentro.

—... shhhh, déjalo salir... —la voz de Vargo subió por la escalera de caracol. Ya no sonaba melódica. Sonaba viscosa, como aceite cayendo sobre carne cruda—. Estás vacía, Alea. Estás rota. Déjame llenarte.

—No... —la voz de Alea era un hilo tembloroso—. Me duele... Para...

—Te duele porque te resistes. Eres una estructura fallida. Yo soy el arquitecto ahora.

Nora sintió un calambre en el estómago. Una oleada de pensamientos intrusivos, negros y pegajosos, inundó su mente infantil.

«La está eligiendo a ella —pensó—. Siempre la eligen a ella. Alea te ha dejado aquí arriba porque eres un estorbo. Se está dejando hacer daño para que él la quiera».

La rabia le subió por la garganta, ácida. Quería gritar. Quería romper los cristales de la cabina. ¿Por qué Alea era tan débil? ¿Por qué siempre tenía que ser la mártir?

Nora se bajó del asiento del piloto. Sus zapatillas no hicieron ruido sobre el metal. Se acercó a la rejilla del suelo, esa que daba vista directa a la zona de estar, y

miró. Lo que vio hizo que la envidia infantil se evaporara, reemplazada por un horror absoluto.

Alea estaba tendida sobre los colchones. Vargo estaba encima de ella, inmovilizándola con su peso. Pero no la estaba tocando con las manos. Alea tenía la chaqueta abierta y la camiseta rasgada, exponiendo su pecho pálido y huesudo. Y de los dedos de Vargo, de su boca, de sus ojos oscuros, brotaban cientos de hilos negros.

Eran como gusanos de alquitrán, vibrando con vida propia. Los hilos se hundían en la piel de Alea, perforando su esternón, sus costillas, su garganta. No había sangre, solo una luz violeta tenue que los hilos absorbían glotonamente.

Vargo se estaba alimentando de ella. Estaba reescribiendo su estructura, borrando a Alea para convertirla en... en un mueble más de su colección. En una muñeca obediente.

—Eso es —susurró Vargo, y su mandíbula se desencajó ligeramente, abriéndose demasiado—. Tu voluntad es ruido. Mi voz es silencio.

Alea arqueó la espalda, sus ojos violetas en blanco, la boca abierta en un grito mudo mientras su esencia era drenada. Nora sintió que algo se rompía dentro de su propia cabeza. El mundo se volvió rojo y dorado. Ya no era la niña pequeña que necesitaba que le abrieran las latas de comida. Era La Vidente. Y esa cosa estaba profanando a su hermana.

Bajó las escaleras de caracol. No corrió. Bajó despacio, escalón por escalón, con la pesadez de una sentencia de muerte. Vargo estaba tan concentrado en su festín que no la oyó. O tal vez pensó que Nora era demasiado insignificante para importarle.

—¿Te gusta? —jadeó Varg contra el cuello de Alea, mientras los hilos pulsaban—. Ahora somos uno.

Nora se detuvo a dos metros de ellos. Su ojo derecho, el dorado, brillaba con tal intensidad que iluminaba la sala como un foco.

—Suéltala —dijo.

Su voz no sonó como la de una niña de ocho años. Sonó como el crujido de los cimientos antes de un derrumbe.

Vargo giró la cabeza lentamente. Sus ojos eran pozos negros, sin esclerótica. Sonrió, y los hilos negros que conectaban con el pecho de Alea se tensaron, haciéndola convulsionar.

—Vuelve a tu cuarto, juguete —siseó Vargo—. Los mayores estamos ocupados.

Nora no parpadeó. Levantó su mano pequeña. Pero en su visión no era una mano; era una garra hecha de luz pura. Nora no vio a Vargo. Vio su Estructura. Vio el núcleo podrido y negro en el centro de su pecho, y vio los hilos que salían de él.

—Dije... —Nora cerró el puño en el aire—. ¡Que la sueltes!

Nora *agarró* los hilos intangibles.

Lo sintió con sus dedos: una textura asquerosa, fría y resbaladiza. Y tiró.

Tiró con toda la furia acumulada en su cuerpo pequeño.

—¡AAAAAAAAAAAAAH!

El grito de Vargo no fue humano. Fue el sonido de una frecuencia de radio rompiéndose. Nora arrancó los hilos del cuerpo de Alea de golpe. La conexión se rompió con un chasquido psíquico que hizo temblar el avión entero.

Pero Nora no paró ahí.

Con su mente anclada en la Estructura de Vargo, *apretó*. Vio las vigas de la existencia del chico: sus huesos, sus venas, su alma negra. Y las retorció.

—¡NO! —Vargo se llevó las manos a la garganta. Se levantó del colchón, levitando unos centímetros, pataleando en el aire como un ahorcado invisible.

—Te he visto —dijo Nora, avanzando un paso. La sangre le goteaba de la nariz por el esfuerzo, pero no le importaba—. Eres un error. Estás mal diseñado.

Nora hizo un gesto brusco con la muñeca, como quien rompe el cuello de un pollo. *CRAC*.

El sonido fue seco, definitivo.

La cabeza de Vargo giró en un ángulo imposible. Su cuerpo cayó al suelo como un saco de piedras, con los ojos vidriosos mirando al techo, congelados en una expresión de terror absoluto.

El silencio regresó al fuselaje. Solo se oía el zumbido de la estufa.

Nora se quedó de pie, mirando el cadáver. Su ojo dorado parpadeó una vez, dos veces y luego se apagó, volviendo a ser violeta. El mundo dio vuelta. El suelo pareció inclinarse. Las rodillas le fallaron. La oscuridad la envolvió antes de que pudiera sentir el impacto.

—¡Nora!

Alea, con el pecho marcado por hematomas negros en forma de red y la ropa desgarrada, se lanzó desde el colchón. Ignorando su propio dolor, ignorando el temblor incontrolable de sus miembros, se deslizó por el suelo y atrapó a su hermana pequeña justo antes de que su cabeza golpeará el metal.

Allí quedaron. Alea, semidesnuda y violada espiritualmente, acunando el cuerpo inconsciente de la niña que acababa de convertirse en asesina para salvarla. Y, a su lado, la mirada vacía de Vargo, confirmando que en El Vivarium la inocencia no se pierde; se arranca.

ARCHIVO DE MEMORIA: CORRUPTO

UBICACIÓN: EL «ANTES» (CASA FAMILIAR)

SUJETO: NORA (5 AÑOS)

El recuerdo no olía a miedo. Olía a tortitas quemadas y a café recién hecho.

Nora tenía cinco años y estaba sentada en la alfombra del salón, jugando con unos bloques de construcción de madera. El sol entraba por el ventanal, bañando la estancia en una luz dorada y perezosa de domingo por la mañana. Parecía perfecto. Demasiado perfecto.

—Cariño, ¿puedes pasarme el azúcar? —preguntó Mamá desde la mesa.

Papá, sentado en su sillón habitual leyendo el periódico, asintió. Bajó el papel, sonrió con esa calidez que hacía que Nora se sintiera segura, y estiró el brazo.

Pero entonces el mundo parpadeó.

Fue algo sutil. Como cuando una cinta de vídeo vieja se engancha en el cabezal. El brazo de Papá se detuvo a mitad de camino. Su sonrisa tembló no por emoción, sino por vibración. Su rostro se desdibujó un milisegundo, mostrando debajo de la piel algo gris y estático, para luego volver a la normalidad.

Nora dejó caer el bloque rojo que tenía en la mano. Nadie más pareció notarlo. Mamá seguía removiendo el café, tarareando una canción que nunca terminaba. Pero Nora, incluso a los cinco años, tenía la curiosidad de un gato que no sabe que la curiosidad mata.

Se levantó y se acercó al sillón.

—¿Papá? —susurró.

Papá no respondió. Estaba congelado en un bucle. Su mano se estiraba hacia el azúcar, retrocedía un centímetro y volvía a estirarse.

Estira. Retrocede. Estira. Retrocede.

Se oía un zumbido bajo, como el de una nevera a punto de romperse, saliendo de su pecho.

Nora extendió su dedo índice. Quería tocarlo. Quería despertarlo.

—Papá, estás haciendo ruidos raros.

La yema de su dedo rozó la mejilla de su padre.

No estaba caliente. No estaba fría.

Estaba *dura*.

No era piel. Era una superficie sintética, pulida, que imitaba la textura de la vida pero carecía de su calor.

En el momento en que Nora hizo contacto, la realidad se rasgó. La cara de «Papá» se abrió como una flor marchita. La piel se peló hacia atrás, revelando que debajo no había hueso ni carne. Había engranajes de latón girando en el vacío. Había luces parpadeantes. Y, en el centro de su cráneo abierto, había una fuente de energía. Una luz dorada, cegadora, pura y terrible. Era la Matriz del Diseño. La energía que El Vivarium usaba para animar sus mentiras.

La luz no estaba destinada a ser vista por ojos orgánicos. Era radiación pura de verdad en un mundo de mentiras. La luz saltó del cráneo del autómatas y golpeó a Nora directamente en la cara.

—¡AAAAH!

Nora cayó hacia atrás, llevándose las manos al ojo derecho. Sentía como si le hubieran clavado un clavo ardiendo. Pero no era fuego. Era información. En ese instante de agonía, su ojo infantil se recoció y se reformó. La pupila se derritió, el iris se inundó de oro fundido. La luz se metió en su cerebro, recableando sus sinapsis. De repente, Nora ya no veía el salón. Veía los códigos de barras en las paredes. Veía los cables que colgaban del cielo falso pintado de azul. Veía que Mamá no estaba bebiendo café, sino aceite lubricante.

El autómatas que se hacía pasar por su padre se reinició bruscamente. La piel volvió a su sitio. La sonrisa regresó.

—¿Nora? —dijo la cosa, con la voz de su padre—. ¿Estás bien, princesa?

Nora, tirada en la alfombra, con el ojo derecho ardiendo y brillando como una estrella nova, miró a la cosa que amaba.

Y, por primera vez, vio los hilos.

Vio que ella era la única cosa real en una casa de muñecas.



TIEMPO ACTUAL

REFUGIO PROVISIONAL: SALA DE CALDERAS AUXILIAR
TIEMPO TRANSCURRIDO DESDE EL FUSELAJE: 14 HORAS

Nora se despertó de golpe, boqueando en busca de aire. Su mano fue instintivamente a su ojo derecho. Aún le dolía. Siempre le dolía cuando usaba demasiada energía, un eco fantasma de aquel domingo por la mañana.

—Estoy aquí.

La voz de Alea la sacó de su pánico. Nora parpadeó, enfocando la realidad con su ojo izquierdo —el normal—. No estaban en el avión de Vargo. Gracias a Dios. Estaban en un hueco pequeño y caluroso, encajonado entre tuberías gigantes que rugían suavemente. Olía a óxido y a calor seco.

Alea estaba sentada frente a ella, con las piernas cruzadas, limpiando obsesivamente su destornillador con un trapo sucio. Había cambiado. Ya no llevaba la chaqueta de cuero vieja; ahora vestía la chaqueta de aviador de Vargo. Le quedaba grande, pero se la había puesto como una armadura o, tal vez, como un trofeo de guerra. Llevaba el pelo mojado, pegado al cráneo; se lo había lavado en algún desagüe, intentando quitarse la sensación de los hilos negros de la piel.

Pero lo que más asustaba a Nora no era la ropa. Eran los ojos de su hermana. Alea la miraba con una mezcla indescifrable de alivio y... miedo.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —preguntó Nora. Su voz sonaba ronca.

—Casi un día entero —respondió Alea sin dejar de frotar el metal del destornillador—. Tuve que cargarte. Salimos del lago usando la balsa pequeña. Encontré este sitio siguiendo el calor de las tuberías.

Nora se incorporó. Le dolía todo el cuerpo, como si hubiera corrido una maratón. Recordó el crujido. El cuello de Vargo. La facilidad con la que había apagado su vida. Miró sus propias manos. Eran pequeñas, con las uñas sucias y mordidas. Manos de niña.

—Lo maté, Alea —susurró.

Alea detuvo el movimiento de su mano. Hubo un silencio denso, solo roto por el goteo de una válvula lejana.

—Me salvaste —corrigió la hermana mayor. Levantó la vista. Sus ojos violetas estaban oscuros, cansados—. Él... me estaba vaciando, Nora. Sentía cómo se llevaba mis recuerdos. Cómo me convertía en nada. Y tú... tú lo apagaste. —Alea se arrastró

por el suelo hasta quedar rodilla con rodilla con su hermana. Extendió la mano, dudando un instante, antes de posarla sobre el hombro de la pequeña—. Pero lo que hiciste... Cómo lo miraste... —Alea tragó saliva—. Nunca había visto eso. Ni siquiera cuando miramos las trampas. Era...

—Era su estructura —dijo Nora. Sentía las lágrimas agolpándose en su garganta—. Estaba mal hecha, Alea. Estaba podrida. Solo... la arreglé. Lo rompí para arreglarlo.

Alea se estremeció. Retiró la mano lentamente y se abrazó a sí misma, frotándose los brazos donde los hilos la habían penetrado horas antes. Las marcas seguían allí: pequeños puntos morados que formaban una constelación de abuso en su piel pálida.

—Ya no somos niñas perdidas, ¿verdad? —dijo Alea, más para sí misma que para Nora. Miró la chaqueta de aviador que llevaba puesta, la chaqueta del monstruo que casi la consume—. Tú eres un arma. Y yo... yo soy la que tiene que asegurarse de que no explote.

Se puso en pie. El movimiento fue rígido. Le dolía el cuerpo, pero su determinación parecía haberse endurecido, fraguada en el fuego del trauma. Alea rebuscó en los bolsillos de la chaqueta de Vargo y sacó algo: un mapa. Estaba arrugado y manchado de grasa, pero detallaba los niveles inferior de El Vivarium.

—Encontré esto en su bolsillo —dijo Alea, desplegándolo en el suelo—. Vargo no solo robaba comida. Estaba marcando rutas. Rutas hacia abajo. —Señaló un punto marcado con tinta roja en la parte más profunda del diagrama, mucho más debajo de donde estaban ahora. El punto tenía un nombre escrito con una caligrafía temblorosa: «EL NÚCLEO/LA SALA DE LOS ORIGINALES»—. Si nuestros padres de arriba son copias... —empezó Alea, mirando a Nora con una intensidad febril—. Los originales tienen que estar en algún sitio. Tienen que estar guardados.

Nora se acercó al mapa. Su ojo dorado se activó involuntariamente, reaccionando a la tinta. La tinta roja brillaba.

—Están allí —confirmó Nora. Podía sentirlo. Un eco lejano, un latido familiar enterrado bajo toneladas de roca y metal—. Pero el camino pasa por el Jardín de los Huesos.

Alea recogió el destornillador y se lo guardó en el cinturón. Luego miró a su hermana pequeña. Ya no la miraba como a una carga. La miraba como a un igual. O, tal vez, como a algo peligroso que necesitaba dirección.

—Entonces atravesaremos el Jardín —sentenció Alea—. Descansa diez minutos más, Nora. Come algo. Porque cuando salgamos de aquí, no vamos a parar hasta encontrar a Mamá y a Papá. Y si alguien intenta tocarnos... —Alea miró el cadáver imaginario de Vargo en su memoria—. Si alguien intenta tocarnos, quiero que lo «arregles». ¿Entendido?

Nora asintió.

El miedo seguía ahí, pero ahora tenía una forma nueva. Antes temía a los monstruos. Ahora, temía a lo fácil que resultaba romperlos.

ACCESO AL ESTRATO INFERIOR

EL TÚNEL DE COSTILLAS

COMPOSICIÓN: CALCIO, MÉDULA Y SILENCIO

El calor de las calderas murió de golpe, como si alguien hubiera cerrado una puerta blindada a sus espaldas.

El aire se volvió frío, húmedo y pesado. Olía a tierra mojada, pero no a la tierra fértil de un bosque, sino a la tierra rancia de una tumba abierta bajo la lluvia. El suelo metálico, que había acompañado sus pasos desde el inicio, desapareció.

—¿Qué es esto? —susurró Alea. Su voz temblaba, y no solo por la bajada de temperatura.

Sus botas se hundían en una especie de arena blanca y fina, parecida a la harina. Nora se agachó y cogió un puñado. El polvo se escurrió entre sus dedos pequeños.

—No es arena —dijo la niña. Su ojo dorado brilló un instante, analizando la composición—. Es hueso. Triturado. Millones de huesos.

Alea se ajustó la chaqueta de aviador de Vargo. Le quedaba enorme, y el cuero aún olía vagamente a él —a tabaco y aceite—, un recordatorio constante del monstruo que había intentado vaciarla. Odiaba esa chaqueta, pero el frío del túnel era cortante, mordiendo la piel a través de su ropa rasgada.

Levantaron la vista. No estaban en un pasillo construido por arquitectos. Estaban dentro de una caja torácica titánica. Enormes arcos de hueso amarillento brotaban del suelo y se curvaban hacia el techo, formando un túnel que se perdía en la oscuridad. Eran tan grandes que podrían haber pertenecido a ballenas ancestrales o a dioses muertos. De las grietas en el techo de hueso goteaba un líquido espeso y lechoso que formaba charcos en el camino de polvo blanco.

—El mapa dice que hay que cruzar esto para llegar al Jardín —puntualizó Alea, tratando de recuperar su papel de líder. Pero sus manos no dejaban de temblar. El trauma de las últimas horas le había robado la firmeza muscular; se sentía como un cable pelado, hipersensible a cualquier estímulo.

—Shh. —Nora la detuvo, poniéndole una mano en el pecho.

—¿Qué pasa?

—Escucha. O, mejor dicho..., no escuches.

Alea aguzó el oído. Nada. Absolutamente nada.

Pero entonces Nora señaló el suelo: el camino de polvo de hueso no estaba vacío; crecían cosas en él. Eran bulbos pálidos, del tamaño de puños, que brotaban del suelo como tumores fúngicos. Tenían una textura carnosa, venosa, casi humana. Y tenían caras: rostros diminutos, deformes, con los ojos cerrados y las bocas abiertas en una expresión de angustia eterna. Eran los Llorones.

—Reaccionan a la vibración —susurró Nora tan bajo que Alea tuvo que leerle los labios—. Si los despertamos, gritarán. Y, si gritan, el Jardinero sabrá que estamos aquí.

Alea miró el campo de minas biológico. Había cientos de ellos. Un paso en falso, un resbalón, y el túnel entero se convertiría en una sirena de alarma hecha de carne.

—Pisa donde yo pise —ordenó Nora.

La niña pequeña avanzó primero. Sus movimientos eran fluidos, antinaturales. Con su visión especial veía las raíces de los Llorones bajo el polvo, sabía dónde el suelo era firme y dónde cedería.

Alea la siguió. Un paso. Silencio. Otro paso. Silencio.

El sudor frío le bajaba por la espalda a la hermana mayor. La chaqueta de Vargo pesaba una tonelada. Cada vez que respiraba, el cuero crujía suavemente. *Criec*. Un Llorón cercano se movió. Sus párpados cosidos se estremecieron. Alea se congeló, con un pie en el aire. El bulbo se relajó. Alea apoyó el pie.

Llevaban diez minutos de caminata agónica cuando sucedió. Alea intentó pasar por encima de un grupo de tres Llorones. Levantó la pierna, pero su cuerpo, agotado por la falta de comida y la violación psíquica de Vargo, le falló. La rodilla se le dobló.

No cayó al suelo, pero dio un paso torpe para recuperar el equilibrio. Su bota militar impactó de lleno contra la cabeza blanda de un Llorón. Fue como pisar una fruta podrida. El bulbo se contrajo violentamente. Los ojos diminutos y lechosos se abrieron de golpe. La boca deforme se estiró, inhalando aire con un sonido sibilante, preparándose para soltar un alarido que despertaría a todo el túnel.

—¡Mierda! —pensó Alea.

El pánico la inundó. Vio la boca abrirse. Iba a gritar. Iba a matarlas. Nora estaba a tres metros, demasiado lejos para alcanzarla. El instinto de supervivencia de Alea, ese animal herido y rabioso que Vargo no había logrado matar, tomó el control. Se lanzó al suelo, ignorando el asco, y clavó su mano desnuda sobre la boca del Llorón. Sintió los labios húmedos y fríos bajo su palma. Sintió la vibración del grito atrapado en la garganta de la planta. El Llorón se sacudía, mordiendo su mano con encías duras, tratando de liberarse para alertar al enjambre. Alea apretó más fuerte.

«Cállate, cállate, cállate», pensó, con los ojos llenos de lágrimas de rabia y terror. Con la otra mano sacó el destornillador de su cinturón. No podía dudar. Lo clavó en el «cuello» del bulbo, justo debajo de su mano. Una vez. Dos veces. Tres veces. Un icor negro y caliente le salpicó la cara. El Llorón dio una última sacudida espasmódica y se quedó flácido bajo su mano. El grito nunca salió.

Alea se quedó allí, tirada en el polvo de hueso, respirando entrecortadamente, con la mano cubierta de sangre negra vegetal. Levantó la vista. Los otros Llorones seguían dormidos. El silencio se mantenía, denso y acusador.

Nora la miraba desde unos metros más adelante. No había miedo en su cara; había aprobación.

—Buena muerte —susurró la niña.

Alea se limpió la mano en la chaqueta de Vargo, añadiendo una mancha más a la prenda maldita. Se puso en pie, temblando, pero viva.

—Sigamos —dijo, con la voz rota—. Antes de que me arrepienta.

Llegaron al final del túnel de costillas sin más incidentes. La salida daba a una caverna aún más grande, iluminada por una luz verdosa y enfermiza. Y allí, marcando la entrada al verdadero territorio del Jardinero, colgaban los Espantapájaros. Eran tres figuras humanas —o lo que quedaba de ellas— colgadas de alambres de espino. No tenían piel. Sus músculos estaban expuestos, barnizados para que no se pudrieran, y en lugar de cabezas tenían jaulas de pájaros oxidadas con un solo ojo vivo dentro, mirando frenéticamente a todas partes.

Alea miró a los Espantapájaros. Luego miró sus propios manos manchadas de negro.

—Bienvenidas seamos al Jardín —murmuró.

EL VIVARIUM: ESTRATO INFERIOR

EL JARDÍN DE LOS HUESOS

ESTADO: ÉPOCA DE COSECHA

Si el infierno tuviera un invernadero, se vería exactamente así.

Nora y Alea salieron de la caverna de las costillas y se asomaron al borde de una terraza de piedra negra. Ante ellas se extendía una explanada del tamaño de un estadio de fútbol, sumida en una neblina perpetua de color melocotón.

No había tierra. El suelo estaba compuesto por una amalgama de carne prensada, cartílago y musgo grisáceo que palpitaba con un ritmo lento y letárgico, como el corazón de un gigante sedado.

Y de ese suelo repulsivo, crecía la flora de El Vivarium.

—Por todos los dioses... —susurró Alea, agarrándose a la barandilla de hierro forjado para no perder el equilibrio.

Había árboles, sí, pero sus troncos estaban formados por espinas dorsales entrelazadas que se alzaban decenas de metros hacia el techo de cristal sucio. Las ramas eran brazos esqueléticos rematados en manos abiertas, y en lugar de hojas, colgaban jirones de piel curtida que ondeaban con una brisa inexistente.

En los macizos, donde deberían crecer rosas o tulipanes, florecían órganos: pulmones translúcidos que se inflaban y desinflaban, racimos de ojos inyectados en sangre que parpadeaban al unísono y capullos de hueso que se abrían para revelar dientes perfectamente alineados.

Olía a formol, a cobre y a lilas podridas. Era una belleza blasfema.

—El mapa dice que la bajada al Núcleo está en el centro —Alea señaló hacia la mitad del jardín. A través de la niebla, se adivinaba una estructura circular masiva, una especie de pozo o sumidero rodeado de estatuas de ángeles sin rostro—. Tenemos que cruzar por en medio de todo esto.

Nora no respondió. Su ojo derecho se había encendido solo, tiñendo su visión de oro. Para Nora, el Jardín no era un lugar estático. Era una placa de Petri gigantesca. Veía las «raíces» bioluminiscentes que corrían bajo la carne del suelo, un sistema

nervioso inmenso que conectaba cada árbol de hueso y cada flor de dientes con un solo punto en la distancia.

—Alguien las está regando —dijo la pequeña—. La estructura está sedienta. Y él viene hacia aquí.

Un sonido cortó el aire denso.

Snik. Snik. Clac.

Era el sonido de unas tijeras de podar gigantes, abriéndose y cerrándose. La niebla melocotón se arremolinó y se partió en dos. De entre un bosquecillo de árboles vertebrales, emergió El Jardinero.

Alea contuvo la respiración y tiró de Nora hacia el suelo, escondiéndose detrás del murete de la terraza. A través de los barrotes, observaron a la criatura. Era alto como una torre de vigilancia, pero su cuerpo estaba terriblemente encorvado por el peso de un tanque cilíndrico de cristal que llevaba a la espalda, lleno de un líquido amarillento y burbujeante. No llevaba ropa, porque su propia anatomía era su uniforme. Su piel parecía hecha de lona de saco cosida con alambre. Su cabeza era un bulbo carnoso, sin ojos ni nariz, dominado únicamente por una boca circular llena de cientos de colmillos parecidos a los de las sanguijuelas. Sus brazos, largos y desproporcionados, se arrastraban por el suelo cartilaginoso. La mano izquierda sostenía una regadera de plomo tan grande como un coche; la derecha no era una mano, sino un injerto mecánico que terminaba en unas cizallas de acero dentado.

Snik. Snik.

El Jardinero se detuvo ante un parterre donde crecían bulbos palpitantes. Incluyó la regadera y vertió el líquido amarillo sobre ellos. Las flores de carne sisearon, soltando vapor, y crecieron unos centímetros en cuestión de segundos, retorciéndose de dolor o de éxtasis.

—Es ciego —susurró Alea, recordando su encuentro con El Taxónomo—. No tiene ojos.

Nora negó con la cabeza, su ojo dorado brillando con intensidad.

—No le hacen falta. Mira el suelo, Alea. Está conectado a todo.

Alea bajó la vista hacia la superficie palpitante sobre la que estaban arrodilladas. Comprendió el horror de inmediato. El suelo del Jardín era su *piel*. Cada vez que pisaban, cada vez que una hoja de piel caía de un árbol, El Jardinero lo sentía a través del sistema nervioso subterráneo.

—Si pisamos ahí, sabrá nuestra posición exacta —dijo la hermana mayor, tragando saliva. La chaqueta de Vargo se sentía como una trampa de plomo sobre sus hombros. ¿Cómo se cruza un campo de minas donde la mina es el propio suelo?

El Jardinero avanzó lentamente, podando una rama de manos esqueléticas que había crecido torcida. El crujido de los huesos al ser cortado hizo que Alea apretara los dientes. La criatura metió los restos en una bolsa que llevaba a la cintura, murmurando sonidos guturales, como un padre decepcionado con sus hijos.

—El sumidero —Nora señaló hacia el centro del Jardín, a unos cien metros de distancia—. La rejilla es de metal puro. No tiene nervios. Si llegamos allí, no podrá sentirnos.

—Pero tenemos que cruzar cien metros de carne viva para llegar a la rejilla, enana —Alea sacó su destornillador ensangrentado—. No podemos volar.

Nora miró a su alrededor. Vio las tuberías que goteaban el líquido lechoso desde el techo, vio los árboles de hueso y vio a los Llorones esparcidos por los márgenes del Jardín. Su cerebro, potenciado por la Matriz, comenzó a calcular vectores de tensión, flujos de energía y reacciones en cadena. Como si la realidad fuera el cubo de Rubik que dejó en el avión.

—No necesitamos volar —acabó por decir la hermana pequeña, con una calma que a Alea siempre le pondría los pelos de punta—. Necesitamos que sienta dolor en otra parte. Alea, ¿puedes lanzar eso fuerte? —Nora señaló una roca del tamaño de un melón que estaba suelta en la terraza de piedra. Era un trozo de mampostería antigua.

Alea frunció el ceño.

—¿Adónde?

—Aquel árbol. El más alto, el que está al otro lado del Jardín, cerca de la pared norte. —Nora trazó una línea invisible en el aire—. Su tronco está podrido. Si lo golpeas en la cuarta vértebra desde abajo, colapsará. Al caer, arrancará las raíces del suelo.

Alea entendió el plan: si arrancaban un árbol, El Jardinero sentiría una herida masiva en ese extremo del jardín. Mientras él iba a investigar, ellas correrían hacia el centro.

La hermana mayor soltó el destornillador, cogió la piedra de mampostería y sopesó el peso. Pesaba casi cinco kilos. Sus músculos estaban doloridos y su cuerpo, exhausto.

Se levantó ligeramente, asomándose por encima del murete. El árbol estaba lejos. Tendría que lanzar con todo lo que le quedaba, como cuando lanzaba piedras a las farolas rotas de su antiguo barrio, en otra vida.

—Cuando caiga, corremos sin mirar atrás —dijo Alea.

—Solo pisa en las zonas grises del musgo. Son callosidades, tienen menos terminaciones nerviosas —le instruyó Nora, cogiéndole la mano libre.

Alea respiró hondo. Recordó a los padres de plástico en la cinta. Recordó los hilos negros de Vargo entrando en su piel. Usó toda esa rabia, todo ese asco, y lo canalizó en su brazo derecho. Giró el torso y lanzó la piedra con un gruñido ahogado.

El proyectil voló en una parábola perfecta a través de la niebla melocotón. Nora lo siguió con su ojo dorado. La trayectoria era impecable.

¡CRAC!

La piedra impactó exactamente donde Nora había calculado: en la unión debilitada de dos espinas gigantes. El árbol de hueso se estremeció. Durante un segundo, pareció que iba a aguantar. Luego, con un gemido estructural ensordecedor, el gigante de calcio se partió en dos. La parte superior se desplomó hacia atrás, estrellándose contra el suelo de carne con un impacto sísmico. Al caer, decenas de gruesas raíces venenosas fueron arrancadas de cuajo de la superficie, rociando un géiser de sangre negra y savia verde.

El efecto fue instantáneo.

El Jardinero soltó su regadera colosal, que se volcó derramando ácido. La criatura se llevó las cizallas a la cara, lanzando un alarido de dolor puro, agudo y rasgado, como mil cerdos en un matadero. Su propio suelo había sido desgarrado.

—¡AHORA! —gritó Alea.

Saltaron el murete de la terraza y aterrizaron en la amalgama de carne. El suelo era asquerosamente blando, como correr sobre un colchón de agua hirviendo. Alea tiraba de Nora, buscando las manchas grises de musgo calloso que la pequeña le había indicado. *Splat, splat, splat*. Sus botas dejaban huellas húmedas.

A cincuenta metros de ellas, El Jardinero galopaba a cuatro patas hacia el árbol caído, destrozando sus propias flores en su furia ciega, cizallando el aire, buscando al parásito que había dañado su obra.

Setenta metros.

La neblina se abría a su paso. El sumidero central estaba justo delante. Era un agujero de diez metros de diámetro cubierto por una rejilla de hierro oxidado, de la cual emanaba un calor sofocante y el sonido de maquinaria lejana.

Treinta metros.

Alea resbaló en un charco de líquido amniótico. Su rodilla impactó con fuerza contra una zona rosa y palpitante del suelo. La carne bajo ellas se contrajo violentamente.

A cincuenta metros de distancia, El Jardinero se detuvo en seco. Había sentido el golpe de la rodilla. Su cabeza sin rostro giró ciento ochenta grados, apuntando directamente hacia ellas. Las cizallas chasquearon. Había olvidado el árbol; acababa de encontrar la infección.

—¡Levanta, levanta, levanta! —Nora tiró de Alea con desesperación.

El monstruo bramó y cargó contra ellas. Cada uno de sus pasos hacía temblar la tierra, levantando trozos de carne y hueso.

Diez metros.

Cinco metros.

¡Metal!

Alcanzaron el borde de piedra del sumidero y saltaron sobre la rejilla de hierro. Sus botas repicaron contra el acero viejo. El Jardinero llegó al borde del sumidero un segundo después, deteniéndose justo donde empezaba la piedra. Se negó a pisar el metal; era un material muerto, ajeno a su control.

Pero sus brazos eran lo suficientemente largos. La cizalla gigante se abalanzó sobre ellas a través del sumidero, cortando el aire con un silbido letal.

Alea empujó a Nora contra la piedra central de la rejilla. Las cizallas se cerraron con un estruendo metálico donde Alea había estado una fracción de segundo antes, arrancando chispas y un trozo de hierro.

—¡El destornillador! —gritó Nora, señalando el centro de la rejilla.

Había un candado industrial del tamaño de una cabeza humana bloqueando la compuerta que daba al abismo.

El Jardinero retiró la cizalla y la preparó para un segundo golpe. Esta vez, de arriba hacia abajo, como una guillotina. Iba a partirlas por la mitad.

Alea se lanzó hacia el candado. Metió el destornillador ensangrentado en la hendidura oxidada, apretó los dientes y empujó con todo el peso de su cuerpo. Las venas de su cuello sobresalían, su cara roja por el esfuerzo y el terror.

—¡VAMOS, BASTARDO! —bramó.

El ojo de Nora brilló, enfocándose en las tripas del candado.

—¡Gira a la izquierda, luego haz palanca hacia arriba! —indicó—. ¡El resorte está roto a la izquierda!

Alea obedeció sin pensar. Izquierda. Palanca arriba.

¡CLAC!

El cierre saltó por los aires.

Alea tiró de la anilla central justo cuando la sombra de las cizallas de El Jardinero ocultaba la poca luz del sumidero. La rejilla se abrió hacia abajo. La gravedad las reclamó.

Cayeron por el tubo de ventilación de metal justo cuando las hojas dentadas del monstruo chocaron con el marco del sumidero, soltando un chorro de chispas que llovieron sobre ellas en la oscuridad de su descenso.

A través del eco metálico del túnel, mientras caían hacia el Estrato más profundo de El Vivarium, el alarido de frustración de El Jardinero sonó como una canción de cuna distorsionada.

Habían sobrevivido al Jardín. Pero Alea sabía, mirando la infinita oscuridad bajo sus pies, que cada descenso las acercaba más a los dueños de este infierno.

A los Originales.